

Van Zigman y el caso Ministral. Difusión del psicoanálisis en la literatura popular de posguerra.

Van Zigman and the Ministral's case. Knowledge of psychoanalysis in postwar spanish popular literature.

Andrés Porcel Torrens.

Unidad de Salud Mental de Godella • Área Arnau de Vilanova-Llíria. Valencia.

Resumen: En la posguerra española, la literatura de evasión, principalmente el género policíaco, adquirió una gran popularidad. La Biblioteca Oro, que fue la colección más prestigiosa de la época, publicó entre 1949 y 1953 un total de seis novelas del autor catalán Jaume Ministral Massià. El protagonista de todas ellas es el psicoanalista Ludwig Van Zigman, que resuelve los crímenes con el análisis psicológico de los personajes. Las novelas ofrecieron al público general, una gran cantidad de conocimientos sobre psicología, psiquiatría y psicoanálisis, que dan testimonio del conocimiento de estos temas alcanzado por el lector culto de los años de preguerra y de la difusión durante la posguerra, en unos años en los que las referencias a Freud fueron significativamente escasas en la cultura popular española.

Palabras clave: psicoanálisis, posguerra española, literatura popular.

Abstract: In the spanish post-war years, the literature of evasion, mainly the police genre, became very popular. Biblioteca Oro, which was the most prestigious collection of the time, published between 1949 and 1953 a total of six novels by the catalan author Jaume Ministral Massià. The protagonist of all of them is the psychoanalyst Ludwig Van Zigman, who solves the crimes with the psychological analysis of the characters. The novels offered the general public a large amount of knowledge on psychology, psychiatry and psychoanalysis, which testify to the knowledge of these issues reached by the cultured reader of the prewar years and of the post-war diffusion, in a few years in which references to Freud were significantly scarce in Spanish popular culture.

Keywords: psychoanalysis, Spanish post-war years, popular literature.

En las primeras décadas del franquismo, frente a una política cultural oficial de talante extraordinariamente reaccionario, las capas populares de la población fueron desarrollando una cultura propia, a través de medios de comunicación de masas usados como elementos de distracción.

Estos incluían tebeos, novelas baratas, programas de radio y películas, donde la calidad formal importaba menos que la capacidad de suministrar evasión. La literatura popular, de quiosco, fue literatura de géneros, bien definidos y codificados. Entre ellos el policíaco ocupó un lugar

principal. La Editorial Molino, fundada en los años treinta, fue la empresa más importante de las dos décadas siguientes. Su colección más conocida, la Biblioteca Oro, publicó títulos en su mayor parte procedentes del mercado anglosajón, difundiendo a los autores más conocidos, como Agatha Christie, Erle Stanley Gardner o Edgar Wallace¹. Los autores españoles solían publicar en empresas de menor tirada o peor calidad². Por eso, la aparición en esta colección de una saga de seis novelas firmadas con el seudónimo –bastante obvio– de J Larstinim, entre 1949 y 1953 fue una excepción más que notoria. Las novelas las protagonizaba un psicoanalista holandés, el doctor Ludwig Van Ziman, que se valía de la aplicación de las teorías freudianas para desentrañar crímenes misteriosos. El responsable de tan singular personaje fue el autor catalán Jaume Ministral³.

Hijo de un matrimonio de maestros, Jaume Ministral Massià nació en Girona en 1914. El mayor de sus cuatro hermanos, parece que inicialmente quiso orientarse hacia la Medicina, aunque estudió finalmente Magisterio en 1931, en la primera –y casi única– promoción del Plan Profesional del Magisterio establecido durante la 2ª República.

Desde su fundación en 1931, fue militante de la Federació de Joves Cristians de Catalunya Fundada por el doctor Albert Bonet, se definía como una agrupación catalanista católica de mentalidad abierta⁴. En 1935 obtuvo plaza de maestro en Palamós, siendo movilizado el año siguiente al estallar la Guerra Civil, y destinado a la compañía de Sanidad de la 45 División Internacional, donde se ocupó de la oficina del hospital de campaña. Al final de la contienda recuperó su destino en Palamós donde se le nombró director del colegio. En 1941 obtuvo por oposición la plaza de director del Grupo Escolar Baixeras, en Barcelona, ciudad donde residiría hasta su fallecimiento en 1982⁵.

Además de su actividad docente, Ministral mantuvo siempre una carrera paralela en torno a actividades literarias diversas. Sus inquietudes intelectuales le llevaron ya en los años de posguerra a trabajar en las editoriales Durán y Marín, en labores de dirección y coordinación⁶. Vinculado a publicaciones eclesíásticas, fue colaborador habitual de *Vida Católica* –órgano oficial de la Junta

Diocesana de Acción Católica⁷– y de *Presencia*, desde los años cincuenta a los setenta⁸. Durante 20 años fue redactor del programa –El Humor y la Radio– en Radio Nacional, y con la llegada de TV3 creador de una de sus primeras series, *Dr Caparrós, medicina general*, interpretada por Joan Capri y emitida hasta la fecha de su muerte⁹. Además de los seis libros policiales protagonizadas por Van Zigman, escribió seis novelas más, varias obras de teatro, conferencias y artículos en prensa, habitualmente en catalán^{10,11}.

Entre sus intereses intelectuales, la medicina y la psicología ocuparon un lugar destacado. Vinculado por amistad y familia a varios médicos, fue lector habitual de obras de Psicología y Psiquiatría¹². En 1953 escribió para la Editorial Molino, en su colección de Manuales Prácticos, el título *¿Qué es la Psicología?*, donde demuestra un conocimiento sistematizado de la disciplina¹³.

Ministral fue un autor popular, hoy un tanto relegado, aunque da nombre a una biblioteca y a una calle de Girona. Como le definió J Manuel Soldevilla, fue un intelectual católico y catalanista, gerundense en Barcelona, demasiado liberal para el franquismo y demasiado conservador para las jóvenes generaciones de la transición, un personaje inclasificable que siempre actuó con la libertad del *outsider*¹⁴.

Desde la entrada de los años veinte el psicoanálisis empezó a tener en nuestro país una difusión generalizada, que culminó con la edición en 1922 del primer volumen de las obras completas de Freud, editadas por Biblioteca Nueva, con traducción de López Ballesteros y prólogo de Ortega y Gasset. En las revistas médicas y las de la especialidad, las alusiones al psicoanálisis tienen una presencia creciente –aunque minoritaria en términos relativos– en la que participan figuras destacadas de la psiquiatría, como César Juarros, Rodríguez Lafora, Sanchís Banús, Mira i López o Sacristán¹⁵. En cuanto a la práctica, algunos médicos incorporaron aportaciones del análisis, con especial interés en la técnica de las asociaciones libres, siempre tras la idea de detectar las raíces del conflicto oculto tras el síntoma neurótico¹⁶. Sin embargo, la práctica psicoanalítica ortodoxa fue adoptada únicamente por el bilbaíno Ángel Garma, formado en el Instituto Psicoanalítico de Berlín¹⁷.

En paralelo a esta difusión del psicoanálisis entre los profesionales, hay una extensión del mismo al mundo de la cultura, que involucra no solo a médicos no psiquiatras –el ejemplo más conocido es el de Marañón– sino a intelectuales y a un público más amplio, cuyo interés se acrecienta en torno a los temas sexuales o a la interpretación de los sueños y el acceso a un universo mental inconsciente. En 1911, Ortega y Gasset publica el artículo *La Psicoanálisis: una ciencia problemática*, abriendo así el camino a una divulgación que aprovecharán Rodríguez Lafora o J M Sacristán publicando trabajos divulgativos en las páginas del diario *El Sol* durante la década de los veinte³⁵. Psiquiatras más o menos cercanos al psicoanálisis publican en colecciones de libros ensayos dirigidos a un público general y las ideas analíticas penetran así en centros académicos, tertulias, conferencias, encontrando quien las interprete entre psicólogos, pedagogos o juristas³⁸.

El tema fue reflejándose también en obras literarias, como *La Sinrazón*, de Sánchez Mejías (1928), *Las Adelfas*, de los hermanos Machado (1928) o *La Túnica de Neso*, de Juan José Domenchina (1929)³⁹. Pero más allá de esta literatura culta, las alusiones a términos o ideas del psicoanálisis llegaron a los medios de masas a partir de los años treinta y no los abandonaron ya, de modo que desde mediados del siglo XX su difusión trasciende la propia doctrina para colocarse como un referente cultural²⁰. En películas y novelas baratas fueron menudeando las referencias al subconsciente, al significado de actos fallidos o a los complejos ocultos que determinan los actos de los personajes. Esta presencia se consagró sobre todo en el cine, con títulos como *Recuerda*, de Hichtcock, estrenada en 1945, donde las secuencias oníricas y su interpretación tuvieron un papel principal; o *Nido de víboras*, de Anatole Litvak, de enorme éxito, y que basaba su argumento en la interpretación analítica de un sentimiento de culpa inconsciente²¹.

Tras la guerra civil española el panorama de la psiquiatría cambió dramáticamente. Muchos de los personajes más relevantes se exilaron –Rodríguez Lafora, Mira i López, Ángel Garma– y otros, como Sacristán o Bartolomé Llopis, quedaron en un silencio impuesto por las represalias

y por el miedo. El impulso científico e intelectual de las décadas anteriores desapareció entre las carencias materiales y una ideología de rígido tradicionalismo que no admitía discrepancia²². La actitud oficial ante el psicoanálisis en los primeros años cuarenta parte de los supuestos críticos más duros, interpretándolo a menudo como un producto semítico y decadente, contrario a una concepción católica de la vida y al alma del español²³.

Esta postura fue en los años siguientes dando lugar a una cierta tolerancia crítica, insistiendo tanto en el reconocimiento de sus aportaciones como en sus limitaciones, tanto desde un punto de vista filosófico como en cuanto a práctica terapéutica. En 1948 Biblioteca Nueva reeditó en dos volúmenes las Obras Completas de Freud. El prólogo anterior de Ortega y Gasset se sustituyó por otro de José Germain, en que se cuidó bien de insistir en la conciliación de psicoanálisis y catolicismo, invocando la figura del médico franciscano Agostino Gemelli. Esta insistencia en subrayar la compatibilidad con la religión acompañará a todas las apariciones del psicoanálisis en la escena cultural española en esos años, especialmente cuando se dirige a un público no profesional²⁴.

Las novelas de Ministral en Biblioteca Oro proporcionan pues un testimonio importante de la penetración de las ideas analíticas en España, de su supervivencia tras la guerra civil y de su difusión entre el público popular.

La saga completa incluye seis volúmenes²⁵. En un gesto insólito, en el prefacio del primero, el editor presenta la nueva serie, destacando lo innovador de su planteamiento, advirtiendo que “*los estudios sobre el subconsciente, tema tan sugestivo para las nuevas generaciones, servirán de eje a los relatos que la pluma de este joven autor no tardará en ofrecernos*”.

El doctor Ludwig Van Zigman se presenta en el primer volumen como un médico holandés, “*discípulo del profesor austríaco Segismundo Freud*”. “*Deslumbrado por las clínicas de Viena y por las maravillas que Freud, Adler y Jung obraban sobre las histerias y las neurosis*”, se trasladó a esa capital europea para su formación como psiquiatra. Aunque no nos da la

fecha exacta, sí da por concluida su formación varios años antes de 1935, en que data su primera aventura policial, y no faltan referencias a sus recuerdos personales sobre el fundador del psicoanálisis. Aunque al avanzar la saga el protagonista marque distancia respecto a él –“no me siento ni adicto ni discípulo de Sigmund Freud, pero sí debo afirmar que el psicoanálisis es el hallazgo más interesante de la moderna psicología”, llega a decir en el último volumen de la serie– la figura de Freud aparece siempre aureolada de admiración, y las referencias explícitas a sus obras y sus ideas son constantes. Van Zigman no pretende resolver misterios, sino investigar casos clínicos: “Cuando empecé a interesarme por el psicoanálisis –afirma– comprendí que la investigación de una neurosis era tan apasionante como la búsqueda de un criminal”. Así, el encuentro con el crimen aparece siempre como fortuito, siendo la intención explícita del narrador la de “presentar un hecho psicológico y sus conclusiones”.

Nuestro psiquiatra es un hombre joven, atractivo, soltero, que vive con su madre, muy crítica siempre con su actividad. El entusiasmo por su profesión no impide que sea consciente de la decepción que para los suyos supone la elección de su especialidad, que sabe dudosamente rentable y con escaso prestigio social. En más de una ocasión le veremos justificándose por haber querido ser “médico de locos”, ante la incomprensión de su interlocutor.



En todas las obras, la trama gira invariablemente en torno a un crimen por resolver en el que el protagonista –que hace de narrador– se ve involucrado o es requerido para resolverlo. Para ello, somete a los personajes implicados a la observación y el análisis psicológico, y sus deducciones sobre los motivos de sus actos o el significado de los mismos le ponen sobre la pista de la solución. Las novelas están pues cuajadas de referencias a términos e ideas psiquiátricas, tan detalladas que frecuentemente interrumpen el curso de la narración. En cada título es posible identificar al menos un trastorno psíquico bien caracterizado, cuya clínica se convierte en la clave para la comprensión del misterio a resolver. Así, en el primer volumen, *El Caso del psicoanálisis*, se presenta una histeria clásica cuyo origen traumático ignora la propia paciente. Requerido por una acaudalada familia inglesa, el psiquiatra debe tratar a una mujer joven que presenta síntomas somáticos inexplicables, cambios de carácter, inquietud y abatimiento. Al afrontar el caso, sus reflexiones le llevan a la posible etiología del trastorno: “En aquellos momentos una pregunta me cosquilleaba el cerebro y era el secreto deseo –recuérdese que mi experiencia psiquiátrica no era muy fuerte en esos tiempos– de comprobar un extremo de la doctrina personal del profesor Freud. ¿Era siempre la cuestión sexual la causa de las histerias traumáticas? Es decir, siempre que se producía un choque, la represión y el consiguiente complejo, ¿era necesariamente de carácter sexual la causa de la formación del mismo?”. Después de considerar factores como la “herencia psicopática” –por la presencia de epilepsia y alcoholismo familiares– el tratamiento se dirige a hacer aflorar a la conciencia el suceso traumático causante del trastorno. Ello se consigue con la interpretación de los sueños y con la prueba de las asociaciones libres, en que se proponen una serie de palabras que la paciente asocia espontáneamente con otros términos. Van Zigman demuestra entonces que su formación va más allá del psicoanálisis ortodoxo, asociando en el interrogatorio el uso de barbitúricos o escopolamina, para favorecer la apertura del subconsciente. Finalmente, el trauma inicial aparece ligado a un crimen, que se resuelve al vencer la censura de la conciencia de la enferma. Ésta queda curada y el misterio resuelto. El modelo es de los *Estudios sobre la histeria*, pero las alusiones a problemas

sexuales en la literatura popular de la España de 1949 había que administrarlas con la máxima precaución.



La segunda novela, *La señorita de la mano de cristal*, gira en torno a una histeria de conversión: la parálisis psicógena de la mano de una violinista. La causa se identifica en un choque que quedó “reprimido en lo más profundo del subconsciente”. “El complejo reprimido quedó simbolizado en el aniquilamiento de su mano izquierda”. La protagonista ha presenciado un asesinato y por razones familiares no puede revelarlo. El síntoma se explica como una desviación de esta angustia a una instancia compatible con sus escrúpulos de conciencia: “El subconsciente reprime, crea una represión, construye un complejo y esa carga afectiva, esa libido reprimida, que dice Freud, impide el movimiento muscular”. Una vez más, combinando la interpretación de sueños, la asociación libre y la interpretación de la transferencia junto a la labor directamente detectivesca, el médico dará con la curación al tiempo que con la solución del enigma. Los postulados sobre trauma, síntoma e inconsciente ocupan en esta obra buena parte del texto, explayándose Van Zigman sobre los mecanismos de represión, resistencia y transferencia, e incluso explicando la segunda tópica freudiana con todo detalle. Como en el título anterior se alude también a ideas psiquiátricas no analíticas, al describirse los signos, la clínica y el tratamiento de la cocainomanía que presenta uno de los personajes implicados en el caso.

El tercer episodio de la saga presenta variaciones sobre los anteriores. Como indica su título, *El caso de la grafología*, en esta ocasión el soporte principal de la pesquisa es el análisis de la escritura de una serie de cartas que terminarán por revelar el enigma de un doble crimen. Ministeral fue buen conocedor de esta técnica y poseía junto a su hermano Enric –que actuó como perito grafólogo para los juzgados– una biblioteca sobre la misma al parecer muy abundante, de la que en la novela se citan títulos y autores. En esta obra la atención médica del protagonista se dirige a una enfermedad orgánica, la parálisis general progresiva, que explicará las anomalías en la conducta de la figura principal. Se describen en el enfermo la asimetría pupilar, el temblor fibrilar de la lengua, la rigidez corporal, el bruxismo, la dislalia, las crisis epileptiformes y la “alternancia de períodos de lucidez que alternan con los maníacos, eufóricos o con las grandes depresiones”. La historia de la enfermedad y de sus remedios, en la que no faltan las alusiones a Wassermann, a Landsteimer y a Wagner Jauregg, es descrita pormenorizadamente. Se plantean tratamientos con malarioterapia, arsaminal o mercurio coloidal, y el interés policial se centra en distinguir las vivencias de persecución del enfermo como reales o producto del delirio. El psicoanálisis ocupa un lugar muy marginal, y en las reflexiones del protagonista, alejado de su práctica habitual, se abren dudas antes no expresadas: “Y esto es la vida: predominar o hundirse. Me pareció ver en aquel cuadro la demostración más patente de que, por encima de Freud, su antagonista Alfred Adler tenía razón: los sentimientos de inferioridad y de superioridad rigen el destino del hombre. La vida es una lucha para imponerse, para hacerse notar, para vivir”. La obra de Adler tuvo en nuestro país amplia difusión antes de la guerra, traducida en la biblioteca de la Revista de Occidente, y fue en la posguerra más fácil de conciliar con la psiquiatría oficial que los textos de Freud²⁶, cuyo escepticismo religioso explícito y énfasis en la sexualidad chocaban frontalmente con los presupuestos morales de la nueva España.

La cuarta novela de la serie, *El doctor no recibe*, se inicia con Van Zigman preparando un libro sobre la constitución pícnica, y decidido por fin

a abrir su consultorio para enfermos mentales en Haarlem o en Amsterdam. La condición semi ociosa del protagonista es objeto frecuente de reproche por su madre, que entiende que un médico debería dedicarse a tareas más serias que las escogidas por su extravagante hijo. Sin embargo, los buenos propósitos del protagonista se ven alterados cuando ha de involucrarse en una intriga familiar que termina conduciéndole de nuevo a un crimen. Como otras veces, la investigación se liga al estudio de enfermos. El primero de ellos es un profesor jubilado, al que se diagnostica de demencia senil. La demencia se descubre por *“la memoria próxima debilitada, la dificultad de fijación, de concretar y atender un punto determinado, la irritabilidad de carácter y aquellas confabulaciones en que las que la fantasía y el deseo de compensar una presente situación de inferioridad jugaban un papel tan importante”*. La alteración se atribuye a la acción de un agente exógeno sobre los procesos degenerativos de la vejez normal. Este agente puede ser físico, como una pulmonía, o la fractura del cuello de fémur, o tratarse de un choque emocional que desequilibre una condición cerebral precaria. La escucha del discurso del paciente no carece de sentido, pues ocultará, tras su verborrea, un fondo real, de manera que si se estudia con atención permite al médico descubrir cuál fue el choque que desencadenó el trastorno.

La segunda enferma presenta un síndrome melancólico, *“una fase atenuada de la llamada locura maniaco depresiva”*. La clínica está muy bien descrita y se detiene en detalles como la actitud corporal típica, la idea de culpa, la hipocondría o la mejoría vespertina. La psicosis maniaco depresiva *“es en la mayoría de los casos hereditaria y se desencadena fatalmente, pero creo – reflexiona Van Zigman– que existe un factor desencadenante: un choque que remueve los más profundos posos del corazón y abre los diques de la locura”*. El tratamiento no tiene unas bases concretas: inicialmente se plantea la necesidad de un ingreso para evitar el riesgo de suicidio, optando después por los barbitúricos. El psiquiatra indica la necesidad de escuchar y analizar los pensamientos de la enferma, aunque en este caso no usa la asociación, la interpretación de los sueños ni de la transferencia, sino la sugestión, con la que vencerá parte de los síntomas. La

solución vendrá finalmente de un nuevo choque psicológico, que actuaría en sentido contrario al inicial, revirtiendo el estado de la paciente.

En el siguiente volumen, titulado *Sencillamente un cinta de máquina*, el protagonista se traslada a Barcelona, invitado por el psiquiatra español López Parera, viéndose inevitablemente inmerso en una intriga de espionaje internacional. En el año 1952 era inusual ubicar en España una novela policiaca, para evitar arriesgarse a multiplicar las posibilidades de choque con la censura. Parece sin embargo que Ministrál salió airoso, y este es uno de los escasos títulos de novela popular que se localizan en un entorno familiar al lector.

Al arrancar el libro, Van Zigman elogia como excelente médico a un colega holandés, de quien ofrece una *“garantía positiva: es un convencido psicoanalista. Siente un horror tremendo por los shocks, sean eléctricos, insulínicos o de cardiazol. Él pretende curar a los enfermos mentales por medios puramente psíquicos”*. El psiquiatra español regenta en Barcelona una clínica particular, que selecciona a sus pacientes, donde no puede admitirse a un paranoico o a un demente senil. Sus presupuestos teóricos no son en absoluto tan rotundos como los del holandés: López Parera hace gala de su fe católica y de su elemental sencillez, que contrapone a la de Rorschach o Szondi, basando en ella su método terapéutico: *“trato a los enfermos como si no lo fuesen, les doy ocupaciones y fe, es decir, los enseño a trabajar y a rezar. Acaban por ver la vida con otra tonalidad”*. Sin embargo, este médico invitará a Van Zigman a tratar una neurosis de angustia, *“algo que entra en el campo puramente psíquico, donde Freud se sentiría como pez en el agua”*.

Los síntomas de la angustia están una vez más descritos con extrema precisión, y respecto a las causas, se reconoce como la principal un conflicto inconsciente, no siempre de tipo sexual, ante cuya revelación el paciente establece una intensa e involuntaria resistencia. Sin embargo, nada se informa sobre su tratamiento, fuera de las alusiones a la naturaleza psicoterapéutica del mismo. En este volumen el autor se inclina por la construcción de una intriga compleja dejando los temas psiquiátricos en lugar periférico.



La última novela de Van Zigman se sumerge otra vez de lleno en el campo psicoanalítico. El propio título, *La pista de los actos fallidos*, confirma lo que en las primeras líneas el propio Ministral expresa textualmente: pretende escribir una novela “basada en los errores, olvidos, equivocaciones, lapsus, etc., es decir, en los actos fallidos”, siguiendo el modelo de la *Psicopatología de la vida cotidiana* de Sigmund Freud. Lógicamente, la obra abunda en explicaciones sobre temas como los lapsus, el significado de los actos fallidos o las relaciones de causalidad inadvertidas, sin eludir siquiera los gestos que pueden revelar una sensualidad subconsciente. Repitiendo que “*la casualidad no existe*” el psiquiatra se lanza al análisis de cuantas equivocaciones y olvidos se le cruzan, llegando mediante la interpretación de actos inconscientes a desvelar el consabido enigma policial. Los lapsus más inexplicables se asocian a un mayor grado de represión, que el psiquiatra entiende asociada a los actos más reprobables, en este caso al crimen. Si puede acusarse al autor de haber forzado un tanto la trama para acomodarla a sus interpretaciones, probablemente no lo habrá hecho mucho más que el propio Freud en el libro que da origen a esta obra.

En esta ocasión el paciente que toma el protagonismo es lo que Van Zigman denomina en principio como loco moral, empleando más a menudo el término de “*moral insanity*”. Tal como explica textualmente, es un sujeto de inteligencia normal, inadaptado socialmente, capaz de cometer

cualquier crimen por no distinguir el bien del mal ni asumir las consecuencias de sus actos. Este sujeto, motejado literalmente como incurable, se encuentra en la frontera entre la patología y la normalidad, y su responsabilidad legal sobre sus acciones está mal definida, pudiendo cambiar a criterio del tribunal que lo juzgue. Esta condición aparece como congénita y su origen es expresamente desligado de “*un mal ambiente o de circunstancias de tipo social*”.

Al terminar el volumen, se anuncia la aparición de un próximo libro, *El caso de los sueños indescifrables*, que coincidirá con la tercera lectura por el protagonista de la interpretación de los sueños, de Freud. Sin embargo, esta novela no apareció ya nunca. En la escasa bibliografía sobre Ministral no consta que llegase a ser escrita, aunque todo indica que no fue así, concluyendo con la sexta entrega la vida literaria de Ludwig Van Zigman.

Más allá de su valor literario –que ha de juzgarse siempre dentro de los parámetros de la novela popular– este ciclo de novelas es un buen testimonio de la penetración de las ideas sobre psicoanálisis en el público no especializado de los años de preguerra. Ministral no era médico ni psiquiatra, ni siquiera un literato puro. Era un lector culto, que se aprovechó de la publicación de un volumen importante de material puesto al alcance del público general. Escribió sus libros en unos años en que el psicoanálisis si bien no estaba formalmente prohibido era rechazado por la psiquiatría oficial, y su presencia en colecciones de carácter general se había eclipsado desde 1939. Para el público de posguerra, las ideas sobre análisis y psiquiatría llegaron con el cine americano, desde un país donde el psicoanálisis era el paradigma dominante en la psiquiatría.

Como católico militante, Ministral se colocó enfrente de la postura oficial, que consideraba las tesis de Freud incompatibles con el dogma. El que un autor catalán tuviese en 1949 una iniciativa de difusión de estas ideas, poniéndolas al servicio de los lectores menos preparados, merece rescatarse del olvido. Y a esto hemos querido contribuir.

Contacto

Andrés Porcel Torrens • porceltorrens@gmail.com • Tel.: 660 819 556
Unidad de Salud Mental de Godella • Área Arnau de Vilanova-Llíria • Valencia

Referencias

1. Eguidazu Palacios F, González Lejárraga A. Biblioteca Oro. Editorial Molino y la literatura popular 1933-1956. Madrid: Ediciones Ulises-CSIC, 2015.
2. Colmeiro JF. *La novela policiaca española. Teoría e historia crítica*. Barcelona: Anthropos, 1994.
3. Vázquez de Parga S. *La novela policiaca en España*. Barcelona: Ronsel, 1993.
4. Boada M. Jaume, el meu marit. *Revista de Girona* 1999; 194:292-297.
5. Parals i Elias J. Ministral, mestre i amic. *Revista de Girona* 1999; 194:301-303.
6. Pla i Dalmau J. Ministral, gironí de la Rambla. *Revista de Girona* 1999; 194:298-300.
7. Ginés JM. Ministral i la revista Vida Católica. *Revista de Girona* 1999; 194:307-311.
8. Aragó NJ. Ministral i el semanari Presència. *Revista de Girona* 1999; 194:312-315.
9. Viñas Bona J. Ministral, guionista de ràdio i televisió. *Revista de Girona* 1999; 194:304-306.
10. Cornellà J. El món novel·lesc de Jaume Ministral. *Revista de Girona* 1999; 194:316-320.
11. Ministral i Masià JM. La producció literària de Jaume Ministral. *Revista de Girona* 1999; 194:326-327.
12. Baró Seguí J. Ministral, un metge frustrat? *Revista de Girona* 1999; 194:324-325.
13. Lartsinim J. *¿Qué es la Psicología?* Barcelona: Molino, 1953.
14. Soldevilla Albertí JM. *El enigma Lartsinim*. Barsoom 2011; 14:4-5.
15. Carles F, Muñoz I, Llor C, Marset P. *Psicoanálisis en España (1893-1968)*. Madrid: Asociación española de Neuropsiquiatría, 2000.
16. Carpintero H, Mestre M^a V. *Freud en España. Un capítulo de historia de las ideas en España*. Valencia: Promolibro, 1984.
17. Markez I. *El bilbaíno Ángel Garma (1904-1993) fundador del psicoanálisis argentino*. Bilbao: BBK, 2005.
18. Gutiérrez Terrazas J. Apuntes para un estudio sobre la historia del psicoanálisis en España. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* 1984; 4 (10):207-221.
19. Druet AC. La introducción del psicoanálisis en la literatura española a través de su representación. *Asclepio* 2013; p014 65(2):1-11.
20. Plotkin M. *Freud en las pampas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2003.
21. Ferrer A, García-Raffi X, Lerma B, Polo C. *Psiquiatras de celuloide*. Valencia: Ediciones de la Filmoteca, 2006.
22. Comelles JM. *La razón y la sinrazón. Asistencia psiquiátrica y desarrollo del estado en la España contemporánea*. Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988.
23. Lévy Lazcano S. *Prevenir, rehabilitar y sancionar. La incorporación de las ideas psicoanalíticas a la psiquiatría forense (1930-1950)*. En: Campos R, González de Pablo A. (coords.) *Psiquiatría e higiene mental en el primer franquismo*. Madrid: Catarata, 2016.
24. González de Pablo A. Por la psicopatología hacia Dios: psiquiatría y saber de salvación durante el primer franquismo. *Dynamis* 2017; 37(1):45-64.

25. Todas las novelas fueron editadas en Barcelona por la Editorial Molino, en la colección Biblioteca Oro-Serie Amarilla (BO). Los títulos y año de edición son: *El caso del psicoanálisis* (BO nº 256, 1949); *La señorita de la mano de cristal* (BO nº 265, 1950); *El caso de la grafología* (BO nº 278, 1951); *El doctor no recibe* (BO nº 285, 1952); *Sencillamente una cinta de máquina* (BO nº 292, 1952) y *La pista de los actos fallidos* (BO nº 300, 1953).

26. *Conocimiento del hombre*, su obra más conocida, se tradujo en 1931, editada por Espasa Calpe. Ya en 1940 la reeditó, incorporándola después a la popular Colección Austral, donde se reeditó varias veces, alcanzando amplia difusión entre el público general.

- Recibido: 20/11/2018.
- Aceptado: 29/12/2018.